

En el centenario de MANUEL TORRE, *Hoja del Lunes*
MÁLAGA - 18-XII-78

JUAN TALEGAS DECÍA QUE ERA EL CANTAOR QUE MÁS LE HABÍA IMPRESIONADO EN SU VIDA

Siempre tuvo fama de extravagante, solía viajar de un lugar a otro en un borriquillo moruno y tenía pasión por los galgos y los gallos de pelea

Parece indudable que Manuel Torre —cuyo centenario se cumplirá antes de que termine el año— poseyó en más alto grado que nadie ese tirón emotivo sin el cual el arte flamenco se queda como vacío y sin sustancia. Juan Talegas me lo decía, que Manuel Torre era el cantaor que más le había impresionado en su vida: «El cante bueno duele, no alegra, sino duele. Yo no he oído, que me duela a mí fuerte, a nadie en el mundo más. Manuel hacía unas cosas que no tienen explicación. Todo lo que diga la gente es mentira. Hacía una cosa tan propia que no se parecía a nada, ni a nadie. Manuel barajaba cuatro o cinco cantes por soleares, ¡ná más!, cuatro o cinco cantes, ¡chiquillo, pero los decía de una manera, que te volvías loco! Lo oías una vez y no te se quitaba de la cabeza. Un eco, un ¡ay! tan raro, una cosa, no se parecía a nadie... Un sonido, un sonido... Y luego tenía otra cosa Manuel: que lo mismo le cantaba al pobre, que al rico, que a uno, que al otro. No tenía distinción de nadie. Ahora si no le gustaba alguno de los oyentes, se salía. No decía me voy ni ná, se iba. Mi padre lo trajo a casa y lo tuvo siete días en casa, a Pastora Pavón (Niña de los Peines), y a él, a Arturo (Pavón), a mi tío Joaquín (el de la Paula)... Un negocio que hizo entonces, voy a gastar aquí cuatro mil reales, con cuatro mil reales había vino pa siete u ocho días, o diez, o veinte. Y estuvieron en casa, y yo le decía a mi padre: «Papá, ¿pero Manuel canta mejor que Tomás el Nitri?» Porque a mi padre no se le podía discutir Tomás el Nitri, «Es otra cosa diferente —decía—. Tomás el Nitri es el mejor cantaor que yo he oído, pero no me ha levantao del asiento como Manolo.» Parecía que tenía electricidad, como cantaba...

Manuel Torre provocaba con su cante accesos incluso violentos a los oyentes. Aurelio de Cádiz fue testigo de una juerga memorable en que uno de los presentes mordió a Torre en la mejilla en pleno cante de seguiriyas. Antonio Mairena cuenta una actuación de Manuel Torre el verano de 1930 en su pueblo de Mairena, en la que arrebató de tal manera al público que este tiraba las



sillas y se rompía las camisas. «Y yo no sé lo que a mí me pasaba: algo innarrable. Yo no había escuchado en mi vida una cosa igual, ni hasta la fecha lo he vuelto a escuchar.» Joaquín (el de la Paula) contaba que allá por el año 20, en una fiesta que dio don Felipe Murube para agasajar a unos amigos gallegos, estos se aburrirón en toda una noche de cante y baile a cargo del propio Joaquín, la Niña de los Peines, su hermano Arturo, Chacón, Diego Antúnez, la Macarrona, la Malena, Fosforito, el Niño Medina... Y ya a las diez de la mañana Murube hizo llamar a Torre, diciéndole: «—Cántales a estos señores, que dicen que no les gusta el flamenco y se van a marchar. Manuel Torre se dirigió a Habichuela y le dijo: —Toca por seguiriya. «Y se puso a cantar. Y cómo cantarían Manuel que al segundo o tercer cante por seguiriya, uno de los gallegos se emocionó tanto que tiró la mesa de un puntapié. Repusieron la mesa. Manuel siguió cantando y entonces fue el torero Ignacio Sánchez Mejías el que volvió a derribar la mesa y se partió la camisa. Parecía que Manuel había electrizado a to-

dos los presentes, y la mayoría de ellos lloraba por los rincones. Después de él ya no había quien quisiera cantar. Y fue entonces cuando Joaquín (el de la Paula) le puso a Manuel Torre el apodo de «Acabarrreuniones». GALLOS, GALGOS Y RELOJES Fama de extraño, de raro, de extravagante, siempre la tuvo Manuel Torre a lo largo de su vida, y a ella responde el apodo de «Majareta» que los mismos gitanos le daban. «Es verdad que Manuel Torre era una persona caprichosa —seguimos leyendo a Antonio Mairena—, a la que, según yo pude entrever, y ahora saco en consecuencia, le traían sin cuidado la mayoría de los problemas que le rodeaban, y solo le preocupaban sus caprichos y aficiones, como eran sus galgos, sus pollos ingleses y los relojes de bolsillo, por los que tenía verdadera manía. El dinero le importaba un pito. Ignoraba por completo las conveniencias y los compromisos de la sociedad, y nunca aprendió a comportarse según las costumbres y composturas sociales.» Era característica su figura «caballero en un borriquillo moruno» con los

pies arrastrándole por el suelo casi, pero más orgulloso que si fuera sobre la mejor de las jacas jerezanas. En aquel borriquillo, que en Sevilla llamaban «el Express de Cádiz», hacía Manuel los desplazamientos no demasiado largos para cumplir sus contratos, seguido por sus galgos. En cuanto a los pollos de pelea sentía verdadera locura por ellos, y era capaz de rechazar —y lo hizo muchas veces— la oportunidad de ganar buenos dineros si ello implicaba distraerle de esta afición vital para él; las anécdotas al respecto que nos han llegado son numerosas, así la contada por el picador Manolito Jaén a Manfredi Cano, que en una ocasión en que se hallaba el cantaor en su casa de Sevilla arreglando los gallos fueron a avisarle para que se dispusiera a ir a cantar a casa de un duque, respondiendo aquél al mensajero:

«—Tu amo será to lo duque que quiera, pero mis galgos y mis gallos están antes que él y el rey...»

Manolo Caracol, por su parte, recordaba cómo en 1922, con ocasión del famoso Concurso de Cante de Granada, fueron a vivir al Hotel Washington; a Manuel Torre le habían regalado un gallo inglés que metió en un armario ropero. «No vea usted la que armó el gallito. Entonces, Andrés Segovia, que estudiaba en la habitación de al lado, protestó a la dirección del hotel.»

SU CANTE

«Torre era un cantaor de leyenda, y eso que la leyenda no favorece nada a los artistas del cante y del baile», ha escrito Fernando el de Triana, quien puntualiza sobre el arte del genial jerezano: «Desde hace cuarenta años a la fecha el mejor cantaor fue Chacón, pero el que más gañafones le tiraba al alma a uno era Manuel Torre.»

Es curioso cómo a pesar de sus rarezas y extravagancias, a pesar incluso de hacerse antipático a mucha gente —se dice que murió solo, prácticamente abandonado de cuantos habían sido sus amigos—, todos cuantos oyeran cantar a Manuel Torre se refieren a él con el respeto de quienes están convencidos de haber tenido el privilegio de escuchar a un artista de excepción. Y en primer lugar sus colegas, los cantaors contemporáneos.